

Y todo marinero en la mar tira  
Las velas hechas agua, y las mejora;  
Mas nunca por faltarles el aviso  
La lluvia ofende al hombre de improviso;  
Porque ó la grulla luego, alzando el vuelo,  
Como el vapor del valle se levanta,  
Le huye, ó la becerra, vuelta al cielo,  
Atrae el aire á sí, ó suena y canta  
La rana en el charcal su antiguo duelo,  
O vuela, y no se cansa ni quebranta  
De andar cercando el lago á la continua,  
Mil veces la parlera go'ondriua.

.....  
Tambien del mar mil aves diferentes,  
Y las que en torno de los asios prados  
Los lagos escudriñan diligentes,  
Los lagos del Caistro no salados,  
Verás cómo á porfia hombros, frentes  
Se espacren y rocian, y en los vados  
Ya corren, ya se sumen, y así en vano  
Se estudian de bañar con juego ufano.

Y la sagaz corneja tambien llama  
La lluvia con voz llena, y se pasea  
A solas por la arena y por la llama  
Del sucio y vil candil, si centellea;  
Las siervas, que mandadas de su ama,  
Velan de noche y hilan su tarea,  
Conocen el llover, porque producen  
Las mechas unos hongos que relucen.

Y puedes con señales no menores,  
Llovido, colegir lo raso y puro;  
Que ni en los celestiales respaldores  
Se muestra la luz bota, el rayo oscuro,  
Ni menos en la luna los tenores  
Que sigue de su hermano rojo y puro,  
Ni andan por el aire derramadas  
Como unas lanas blancas y delgadas.

Ni menos en el sol las alas tienden  
Los halcones, de la Tetis amados;  
No los lechones con la boca entienden  
En derramar los haces desatados;  
Mas antes á los valles se descieniendo,  
Y en ellos se ruecuan rellanados  
Los húmidos vapores, y en el techo  
Apenas abre la lechuzca el pecho,  
Apenas viendo que es el sol ya ido,  
Canta; y el esmerejon se ve ensalzado,  
Altísimo en el aire, y su debido  
Paga por el cabello colorado.  
La ciris, que adó quiera que del nido  
Cortando por el cielo va delgado,  
La sigue el enemigo cruel y fiero  
Con grande estruendo y con volar ligero.

Siuela el esmerejon por donde quiera,  
Y ella de la parte do él se avia,  
Con ala el aire liquido, ligera  
Huyendo, va cortando, y se desvia;  
Y sus voces los cuervos ó tercera  
O cuarta vez repiten á porfia,  
Y á veces en los árboles alzados,  
No sé con qué dulzura alborozados,  
Alegres mas que suelen travesear  
Consigno y con las hojas con ruido,  
Y cuando ya las lluvias no gotean  
Gustan de reveer su dulce nido  
Y sus pequeños hijos. No que sean  
Por esto mas divinos en sentido,  
Ni, cuanto á lo que creo, que por hado  
Mas cierto ó mas discurso les sea dado;

Sino que cuando el tiempo variable  
Y el movedido humor su senda altera,  
Y el ábrego con soplo deleznable  
Lo raro espesa, afloja lo que fuera  
Espeso, luego aviene que lo inestable  
Del ánimo se trueca en su manera,  
Y siente agora el pecho un movimiento,  
Y otro si conduce lluvia el viento.  
De aqui vienen aquellos acordados  
Cantos que dan las aves gorjeando,  
El juego y el placer de los ganados,  
Los cuervos con los cuellos pompeando.

Mas si los soles miras precurados,  
Las lunas que los siguen rodeando,  
Ni el dia venidero hará engaño,  
Ni la serena noche burla y daño.

La luna en el principio, que su puro  
Ardor, que se le torna, va cogiendo,  
Si con oscuro cuerno el aire oscuro  
Cercare, en sí gran lluvia aperciendo,  
Se va contra la mar y suelo duro;  
Mas si se colorare apareciendo,  
Es viento, porque al viento la dorada  
Luna se pone siempre colorada.

Mas si en su cuarta luz (que siempre ha sido  
Pronóstico la cuarta verdadero)  
Con afilado cuerno y con lucido  
Saliere, y aquel dia todo entero,  
Y los demás por todo el mes cumplido  
Sin vientos luciran, y el marinero  
Dará sus votos salvo en la ribera  
A Glauco, á Panopo ó Melicera.

Y el sol, ó cuando sale ó cuando encierra  
Sus rayos en las ondas, da señales;  
Y el sol en sus señales nunca yerra,  
O salga por las puertas orientales,  
O láncese debajo de la tierra  
Y suba á las estrellas celestiales;  
Que lo que señalare el sol divino  
Certísimo sucede de continuo.

Que si cuando en oriente se mostrare  
Con manchas esparciere su salida,  
Y nube en la mitad de sí encerrare,  
Si media redondez así escondida;  
No dudes de la lluvia si tardare,  
Que ya de golpe viene y de corrida  
El Noto despenándose furioso,  
A hatos, mieses y árboles dañoso.

Y si por entre el nubo espeso opuesto,  
Por partes diferentes descubriere,  
Nacido el sol, sus rayos, ó con gesto  
La aurora destucida apareciere,  
Del lecho de Titon, de flor compuesto,  
La hoja podrá mucho, si pudiere  
Las uvas defender, segun saltando  
Con el granizo, el techo irá sonando.

Y aun es mas de provecho el tener cuenta  
Con cuando el sol, pasada su carrera,  
Se parte ya del cielo, que presenta  
Entonces cada vez de su manera  
Su rostro, como vemos; que si alienta  
La lluvia, es verdinegro, si la fiero  
Pujanza de los enros, tiene luego  
Su rostro de color de sangre y fuego.  
Y si del claro rostro el ardor puro  
Con manchas á mezclarse comenzare,  
Verás en un momento el aire oscuro  
Hervir en lluvia y viento; y si cerrare  
La noche, no será nadie tan duro,  
Serálo el que en tal noche me rogare  
Correr por la mar alta, puesta en guerra,  
Desamarrar la nave de la tierra.

Mas si, y cuando el dia el sol conduce,  
Y cuando nos asconde el que ha traído,  
Su redondez entera y pura luce,  
En vano el nubo entonces habrás temido;  
Del cierzo, que á pureza le reduce,  
Verás la selva y monte ser movido.  
Da el sol ciertas señales finalmente  
De todo lo que al campo es conveniente.

El te dirá lo que la luz tardia  
La estrella de la tarde te acarrea;  
El te dirá qué piensa el Mediodia,  
El húmido Africano, que desea  
Las nubes, de dó el viento, y dónde guia  
El hace que se entienda y que se vea;  
Que ¿quién será tan tonto y tan osado,  
Que diga que el sol burla y que es burlado?  
Tambien el sol avisa á la continua  
Los ciegos movimientos que se ordenan,  
Las guerras que se emprenden, y adivina  
Las fraudes que en secreto se encadenan.  
Del César en la muerte el mismo, indina,  
Por quien así los hados nos condenan,

Cubrió su luz; temieron los malvados  
Siglos en noche eterna ser dejados.  
Aunque tambien entonces, y las tierras  
Y los tendidos mares señas dieron,  
Las aves importunas y las perras,  
Al Etna muchas veces todos vieron  
Hervir y rebosar por campo y verbas,  
Rompidas las hornazas que tuvieron  
Los Ciclopes, y en bolas hecho el fuego  
Lanzar, y piedras hechas polvo luego.

Sonó por todo el aire en Alemania  
De armas temeroso y gran sonido,  
Tembló mas de lo usado la montana  
De los fragosos Alpes, y fué oído  
En los callados bosques son de extraña  
Figura, y ya de noche escurecido  
Fantasmas fueron vistas, matizadas  
Con formas y colores nunca usadas.

Hablaron los salvajes animales  
Lo que no es de decir, el curso el río  
Detuvo, abrióse el suelo en los umbrales  
Sagrados, sudó el bronce, lloró el frío  
Marfil, y el Po, venciendo sus canales  
Con avenida enorme y desvario,  
Las selvas trastornaba, y del egido  
Las chozas y el ganado lleva asido.

Y siempre en aquel tiempo se hallaron  
Señales de amenaza en la asadura  
Que abría el sacrificio, y no cesaron  
Los pozos de manar en sangre pura,  
Ni las ciudades grandes se excusaron  
De oír auillar los lobos por la oscura  
Noche, ni en luz serena el cielo y clara  
Tantos rayos jamás de sí alcanzara.

Ni tantas veces nunca se encendieron  
Los aires con cometas. Y así avino  
Que vieron otra vez, los campos vieron  
Filipos los romanos, que sin tino  
Escuadras contra escuadras concurren;  
Ni tuvo el crudo cielo por indino  
Que Ematia, por dos veces ¡ay! bañada

Con nuestra sangre, fuese así engrosada.  
Será que en algun tiempo trastornando  
La tierra el labrador con corvo arado,  
Los hierros de los dardos irá ballando,  
El hierro del orin casi gastado;  
Y en los vacíos yelmos arrastrando  
Encontrará con el ligon pesado,  
Y rotos los sepulcros allí espesos,  
Con pasmo mirará los grandes huesos.

Dioses, de nuestra patria propio amparo,  
Dioses, que traspasastes della al cielo,  
Y tú, Remo, y tu, Vesta, á quien es caro  
El Tibre turbio y el romano suelo,  
Que al menos este mozo alto y raro  
Socorra aqueste siglo envuelto en duelo.  
No os pese, que ya asaz con muertes duras  
Pagamos las troyanas falsas juras.

Que veo que ya el cielo soberano  
De tí nos tiene envidia, y se lamenta  
Que mas te ocupes. César, con lo humano,  
Do en fuero ó desafuero ya no hay cuenta,  
Do hierve con guerras todo, do el insano  
Furor en tantas formas representa,  
La esteva no se precia, los sembrados  
Se yerman, de cultores despojados.

Llevados los obreros, se ensilvecen,  
Las hoces se transforman en espadas,  
Los partos de una parte se embravecen,  
De otra las Germanias alteradas;  
Los pueblos que vecinos mas parecen,  
Guerrean, ya sus ligas quebrantadas;  
Esparce por do quiera el Marte crudo  
Lo fiero, lo sangriento, lo sañudo.

Como cuando del puesto libre extiende  
El paso por el campo la cuadrega,  
Y cuanto se adelanta, mas se enciende,  
Y del correr las alas mas desplega;  
Y en balde el cuadreguero tira y tiende  
Las riendas. ó le plega ó no le plega,  
Llevado de los potros de las ruedas,  
Que sordas á los frenos, no están quedas.

## LIBRO TERCERO.

En esta postrera parte van las canciones sagradas, en las cuales procuré, cuanto pude, imitar la sencillez de su fuente y un sabor de antigüedad que en sí tienen, lleno á mi parecer de dulzura y de majestad. Y nadie debe tener por nuevos ó por ajenos de la Sagrada Escritura los versos, porque antes le son muy propios, y tan antiguos, que desde el principio de la Iglesia hasta hoy los han usado en ella muchos hombres grandes en letras y en santidad, que nombrara aquí si no temiera ser muy prolijo. Y pluguiese á Dios que reinase esta sola poesia en nuestros oídos, y que solo este cantar nos fuese dulce, y que en las calles y en las plazas de noche no sonasen otros cantares, y que en esto soltase la lengua el niño, y la doncella recogida se solazase con esto, y el oficial que trabaja aliviase su trabajo aquí. Mas ha llegado la perdición del nombre cristiano á tanta desvergüenza y soltura, que hacemos música de nuestros vicios, y no contentos con lo secreto dellos, cantamos con voces alegres nuestra confusion. Pero esto ni es mio ni deste lugar.

SALMO PRIMERO.—*Beatus vtr.*

Es bienaventurado  
Varon el que en concilio malicioso  
No anduvo descuidado,  
Ni el paso perezoso  
Detuvo del camino peligroso,  
Y huye de la silla  
De los que mofan la virtud y al bueno,  
Y juntos en gavilla,  
Arrojan el veneno,  
Que anda recogido en lengua y seno;

Mas en la ley divina  
Pone su voluntad, su pensamiento,  
El dia cuando se inclina,  
Y el claro movimiento,  
Lo oscuro de la noche en ella atento.  
Será cual verde planta,  
Que á las corrientes aguas asentada,  
Al cielo se levanta  
Con fruta sazónada,  
De hermosas hojas siempre coronada.  
Será en todo dichoso,  
Seguro de la suerte, que se muda,

No así el malo animoso,  
Cual si el viento sacuda  
La paja de la era muy menuda.  
Por esto al dar la cuenta  
La causa de los malos, como vana,  
Caerá con grande afrenta  
Allí la cortesana  
Santa nacion, huirá como liviana;  
Porque Dios el camino  
Sabe bien de los justos, que su historia  
Del otro desatino,  
De la maldad, memoria  
No habrá, como de baja y vil escoria.

SALMO II.—*Quare fremuerunt*.

¿Por qué braman las gentes?  
Los pueblos vanidades han pensado,  
Los reyes excelentes  
Y principes del mundo se han juntado  
Con coraje, negando  
Al Señor, y á su Cristo amenazando;  
Y dicen: «Nuestros cuellos  
Saquemos de su yugo y ataduras;»  
Mas riéndose dellos  
Estará aquel que habita en las alturas.  
Agora calla y mira,  
Y á su tiempo hablará con furia é ira.  
Mas yo en Cristo unguido  
Soy, por mano de Dios, en rey alzado,  
Sobre el monte subido  
De Sion, su ley al mundo he predicado;  
Por esto en este día  
Me dijo estas palabras de alegría:  
«Tú eres mi hijo amado,  
Que yo engendré, mi ser comunicándote;  
Hoy te he regenerado  
Después de muerte á vida revocándote;  
Pídeme en algo herencia,  
Que ¿qué te negaré, quien dió su esencia?  
«Pides, oh hijo mio,  
Las gentes que se armaron contra tí?  
Yo te doy señorío  
Sobre ellos, que te sirvan como á mí;  
Y aqueste imperio y mando  
De hoy mas se vaya al mundo publicando.  
»Y pues con cruz durisima  
Tu cuerpo lastimaron, afligiéndolo,  
Yo con liberalisima  
Voluntad te las doy, tú mereciéndolo,  
Que en premio digno y justo  
Los rijas y castigues á tu gusto.  
»Oh, pues, reyes tiranos,  
Los que juzgais al mundo injustamente,  
De cuya lengua y manos  
Escapa condenado el inocente!  
Sufrid que el documento  
Divino en vuestras almas haga asiento.  
Sufrid mi osadía  
Al Señor, mi jactancia presuntuosa;  
Con humilde alegría,  
Con alegre conciencia, mas medrosa,  
Aprended la doctrina  
Que á virtud y justicia siempre inclina.  
Guardad que no se encienda  
Por vuestra culpa el celo soberano,  
Porque quien os defiende  
No habrá de su abrasante y fuerte mano,  
Y tenéis tal ceguera,  
Que no hallaréis la senda verdadera.  
Y cuando se encendiera  
El fuego de su saña en un momento,  
¿Dichoso el que tuviera,  
No en el mundano y flaco pensamiento  
Puesta, mas en el cielo,  
Su esperanza, su gozo y su consuelo!

SALMO IV.—*Cum invocárem*.

Cuando en grave dolencia  
Del alma te llamé, tú me escuchaste,  
Dios, de la inocencia  
Autor, y me ensanchaste  
El corazon, que en sueño estrecho hallaste.  
Pues eres piadoso,  
Derrama sobre mí piadosos dones,  
Y vuelve tu amoroso  
Oído á mis razones,  
Que mas son que mis culpas tus perdones.  
»Oh hombres! ¿hasta cuándo  
Tendréis el corazon endurecido,  
La vanidad amando  
Del bien que os han mentido,  
Siguiendo á rienda suelta su partido?  
Sabed que engrandece  
A su amigo Dios, su voz oyendo;  
Mi alma favorece,  
Luego la concediendo  
Cuanto en su corazon la está pidiendo.  
Enójeos lo pecado,  
Y no pequeis jamás en vuestros hechos;  
Corregid lo pasado,  
Y entre los ricos lechos  
Sollozaréis, en lágrimas deshechos.  
Un sacrificio justo  
Sacrificad á Dios, que es el que alcanza  
Perdon á todo injusto,  
Y tened confianza;  
Que nadie se salvó sin esperanza.  
Dicen los pecadores:  
«¿Quién nos dirá dó están las cosas buenas?»  
¿No ven los resplandores  
De mi rostro y las venas  
De luz, de quién están sus almas llenas?  
Disteme tú alegría,  
Joya que gozan solos tus privados;  
Mas á la compañía  
De los que van errados  
Fruto de vino y pan multiplicados.  
De paz favorecido,  
Entre justos y santos reposando,  
Me quedaré dormido,  
Porque me estás guardando,  
En confianza eterna descansando.

SALMO VI.—*Domine ne in furore*.

No con furor sañoso  
Me confundas, Señor, estando airado,  
Ni con ceño espantoso  
Me castigues, tasado  
Cuanto merece al justo mi pecado.  
Mas antes sin enojo,  
Doliéndote de mí, te muestra humano;  
Pues á tus pies me acodo;  
Sáname con tu mano,  
Que no tiene mi cuerpo hueso sano.  
Mi alma está confusa,  
Entre esperanza y miedo vacilando;  
Y ¿dónde, Señor, se usa  
Que quien se está finando  
Y os llama le dejéis así? ¿Hasta cuándo?  
Vuelve, Señor, tu cara,  
Alienta aqueste espíritu afligido,  
Que tu clemencia rara  
No atropella al caído  
Ni quiere hacer justicia en el rendido.  
Que nadie en la agonía  
Se acordará de tí sin tí, por cierto;  
Y con la losa fria,  
Pe tierra ya cubierto,  
¿Qué gloria puede darte un cuerpo muerto?  
Por esto en un gemido  
Las noches llevaré todas llorando,  
El lecho defendido  
Que mancillé pecando,  
Mi cama con mis lágrimas bañando.

La fuerza de mi llanto  
De mis ojos la vista ha enflaquecido;  
Y de enemigos tanto  
Fui siempre combatido,  
Que estoy siempre arrugado y consumido.  
»¿Fuera, pecadores!  
No tengais parte en mí los que habeis sido  
De la maldad autores,  
Porque el Señor ha oído  
El llanto de mis voces y gemido.  
Porque ya de mis quejas  
La lamentable voz es recibida  
Dentro de sus orejas;  
Y tan bien acogido,  
Que luego fui librado en siendo oído.  
Túrbanse avergonzados  
Todos mis enemigos grandemente;  
Las espaldas tornados,  
Vuelven confusamente,  
Huyendo á rienda suelta velozmente.

SALMO XI.—*Salvum me fac, Domine*.

»Oh sálvame, Señor, que no hay ya bueno,  
Que faltan las verdades,  
Y trate á un con quien tien dentro el seno  
Cada uno falsedades.  
Con labios halagüenos cada uno,  
Y con dos corazones.  
No dejes de estos labios, Dios, ninguno,  
Ni destos fanfarrones  
Que dicen: «Prometamos largamente;  
Su boca está en mi mano;  
¿Qué cuesta el hablar largo, ó qué viviente  
Me estorbará el ser vano?»  
Mas dice Dios: «Ya vengo conmovido  
De los menesterosos,  
De sus agravios dellos, del gemido  
De los pobres llorosos,  
»A serles en salud y ser bonanza  
Y soplo favorable.»  
Y son, Señor, tus dichos sin mudanza,  
Y son firmeza estable,  
Son en hornaza plata, en fuego ardiente  
Mil veces apurada;  
Y así, nos librarás eternamente,  
Señor, desta malvada,  
Desta malvada gente, que contino  
Nos cerca á la redonda,  
Y crece porque tu saber divino  
Y tu grandeza honda  
Les da pasar en gozos y convites,  
Y así se lo permites.

SALMO XII.—*Usque quo, Domine*.

Dios mio, ¿hasta cuándo  
Ha de durar aqueste eterno olvido  
Que vas conmigo usando?  
Hasta cuándo, ofendido  
De mí, tu rostro mostrarás torcido?  
Y entre consejos ciento  
¿Hasta cuándo andaré desatinado?  
¿Ay duro y gran tormento!  
¿Hasta cuándo hollado  
Seré del enemigo crudo, airado?  
Convierte ya tu cara,  
Aplica á mi querella tus oídos,  
Dios mio, y con luz clara  
Alumbra mis sentidos,  
No sean del mortal sueño oprimidos.  
No puede mi adversario  
Decir: «Prevaleció algun día;»  
Que si el duro contrario  
Viese la muerte mia,  
Extremos de placer y gozo haría.  
Mas tu misericordia,  
En quien, Señor, confío, me asegura.

Hinchirá la victoria  
Mi alma de dulzura;  
Yo cantaré, y diré que soy tu hechura.

SALMO XVII.—*Diligam te, Domine*.

Con todas las entrañas de mi pecho  
Te abrazaré, mi Dios, mi esfuerzo y vida,  
Mi cierta libertad y mi pertrecho;  
Mi roca, adonde tengo mi guarida,  
Mi escudo fiel, mi estoque victorioso,  
Mi torre bien murada y bastecida.  
De mil loores digno, Dios glorioso,  
Siempre que te llamé te tuve al lado,  
Opuesto al enemigo, á mi amoroso.  
De lazos de dolor me vi cercado  
Y de espantosas olas combatido,  
De mil mortales males rodeado.  
Al cielo voceé triste, afligido;  
Oyérame el Señor desde su asiento,  
Entrada á mi querella dió en su oído.  
Y luego de la tierra el elemento  
Airado estremeció, turbó el sosiego  
Eterno de los montes el cimientio.  
Lanzó por las narices humo, y fuego  
Por la boca lanzó; turbóse el día,  
La llama entre las nubes corrió luego.  
Los cielos doblegando descendia,  
Calzado de tinieblas, y en ligero  
Caballo por los aires descubria  
Un querubin sentado, ardiente y fiero,  
En las alas del viento que bramaba,  
Volando por la tierra y mar velero,  
Y de tinieblas todo se cercaba,  
Metido, como en tienda, en agua oscura,  
De nubes celestiales que espesaba.  
Y como dió señal con su luz pura,  
Las nubes arrancando, acometieron  
Con rayo abrasador, con piedra dura.  
Tronó rasgando el cielo, estremecieron  
Los montes, y llamados del tronido  
Mas rayos, mas piedras decendieron.  
Huyó el contrario, roto y esparcido  
Con tiros y con rayos redoblados,  
Allí queda uno muerto, allí otro herido.  
Con esto, de las nubes despeñados,  
Con su soplo mil rios hasta el centro  
Dejaron, hecha rambla en montes, prados.  
Lanzó desde su altura el brazo dentro  
Del agua, y me sacó de un mar profundo,  
Libróme del hostil y duro encuentro.  
Libróme del mayor poder del mundo,  
Libróme de otros mil perseguidores,  
A cuyo brazo el mio es muy segundo.  
Dispuestos en mi daño y veladores,  
Vinieron de improviso, y ya vencian,  
Mas corrió con fuerzas Dios mayores.  
Y adentro en cerco estrecho me tenian;  
Mi Dios abrió espacioso y largo paso,  
Porque mi vida y obras le aplacian.  
No se mostró en la paga corto, escaso;  
El premio y la virtud y mi inocencia  
Vinieron y tu gracia al mismo paso,  
Porque perpetuamente en mi presencia  
Tus leyes conservé, tus santos fueros  
No por avisos quebré, no por violencia.  
Jamás fueron al mal mis pies ligeros,  
Huí todo lo que es de Dios ajeno,  
No me aparté jamás de mis senderos;  
Mas por ellos anduve entero y bueno  
Delante del Señor continuamente,  
Y siempre á mi apetito puse freno.  
Y así correspondió perfectamente  
El premio á mi justicia, á mi pureza,  
Que siempre ante sus ojos fue presente.  
Que cual cada uno vive, así tu alteza  
Se hace con el bueno, bueno y pio,  
Y llano con el que usa de llaneza.  
Con el puro te apuras, Señor mio,  
A cautelos cautelo, á mañas maña,  
Y al desvario pagas desvario.

En cuanto el sol rodea y la mar baña  
Te muestras al humilde favorable  
Y abates la altivez con ira y saña.  
Siempre lució ante mí tu luz amable,  
Y en mis peligros todos siempre tuve  
De tu bondad consejo saludable.  
Por tí, por los opuestos escuadrones  
Rompiendo, victorioso y salvo anduve.  
El caso es, que la regla y ley que pones  
Lo bueno es y lo puro, y así escuda  
A aquellos que le dan sus corazones.  
¿Quién hay, fuera de tí, Señor, que acuda  
Cuando la fuerza y uso desfallece?  
¿Qué roca hay que asegure sin tu ayuda?  
Dios es el que me anima y fortalece,  
El que todos mis pasos encamina,  
Y hace que ni calga ni tropiece.  
Pusiste ligereza en mi vecina  
Al gamo, y me defiendes colocado  
En riesgo que á las nubes se avecina.  
Por tí la espada esgrimo, tu cuidado  
Hace mi brazo diestro en la pelea,  
Y fuerte mas que acero bien templado.  
Tu amparo como escudo me rodea,  
Tu diestra me fuerza, tu blandura  
Me sube á todo el bien que se desea.  
Dotastes de presteza y de soltura  
Mis pasos, que jamás en la carrera  
Doblaron por trabajo ni longura.  
Seguía y alcanzaba la bandera  
Contraria, que huía y tornaba,  
Sin primero hacer matanza fiera.  
De los que destrozados derrocaba  
Jamás se levantó ningún caído,  
Y con pié poderoso los llevaba.  
De fortaleza, de ánimo ceñido  
Por tí fué en la batalla, por tí vino  
El que se rebeló ante mí rendido.  
Por tí, sin corazón y sin camino,  
Huyó de mí cuchillo el enemigo,  
Desórden fué á su escuadra y desatino.  
Buscaba voceando algún abrigo,  
Y no hubo valedor, á tí llamaron,  
Y ni rogado tú le fuiste amigo.  
En partes menudisimas quedaron  
Deshechos por mi mano; como el viento  
Volando lleva el polvo, así volaron.  
Librásteme, Señor, del movimiento  
Del pueblo bandolero, á mi corona  
Sujetos allegaste pueblos ciento.  
Quien nunca vi me sirve y me corona,  
Apenas le hablé ya me obedece,  
A su natural mente, á mí me abona.  
Esto hace el extraño, el que parece  
Mío, no mío ya, mas extranjero,  
Cerrado en sus miserias, vil perece.  
Vivame mi Señor, mi verdadero  
Peñasco, mi bendito, mi ensalzado,  
Mi Dios y mi salud, mi gozo entero.  
Tú de venganzas justas has hartado  
Mi pecho, y no contento con vengarme,  
Mil gentes á mi cetro has sujetado.  
No te satisfaciste con librarne  
Del opresor injusto; hasta el cielo  
Te plugo sobre todos levantarme.  
Por todo el habitable y ancho suelo  
Celebraré tu nombre y tus loores,  
Mi voz, de tí cantando, alzaré el vuelo.  
De tí, que te esmeraste en dar favores  
A tu querido rey, á tú Mesías,  
Que amparas de David los sucesores  
En cuanto tras las noches van los días.

SALMO XVIII.—*Coeli enarrant.*

Los cielos dan pregones de tu gloria,  
Anuncia el estrellado tus proezas.  
Los días te componen clara historia,  
Las noches manifiestan tus grandezas.

No hay habla ni lenguaje tan diverso,  
Que á las voces del cielo no de oído,  
Corre su voz por todo el universo,  
Su son de polo á polo ha discurrido.  
Allí hiciste al sol rica morada,  
Allí el garrido esposo y bello mora.  
Lozano y valeroso su jornada  
Comienza y corre, y pasa en breve hora.  
Traspasa dende la una á la otra parte  
Del cielo, y con su rayo á todos mira.  
Mas; cuánto mayor luz, Señor, reparte  
Tu ley, que del pecado nos retira?  
Tus ordenanzas, Dios, no son anteojos,  
Avisos santos son al tonto pecho.  
Tus leyes alcohol de nuestros ojos,  
Tus mandados alegría y fiel derecho.  
Tenerte es bien jamás percedero,  
Tus fuerzas son verdad justificada.  
Mayor codicia ponen que el dinero,  
Mas dulces son que miel muy apurada.  
Amarte es abrazar tus mandamientos,  
Mas ¿quién los guarda, ó quién sus movimientos,  
O todos los niveles ó los entiende?  
¡Ay! libra de altivez el alma mía,  
Que si vitoria deste vicio alcanzo,  
Derrocaré del mal la monarquía.  
Dírasme oído entonces; yo contino  
Diré: Mi Redentor, mi bien divino.

SALMO XXIV.—*Ad te, Domine, levavi.*

Aunque con mas pesada  
Mano, mostrando en mí su desvario,  
La suerte dura, airada,  
Me oprima á su albedrio,  
Levantaré mi alma á tí, Dios mío.  
En tí mi alma repuso  
De su bien la defensa y de su vida;  
No quedaré confuso,  
Ni la gente perdida  
Se alegrará, soberbia, en mi caída.  
Porque jamás burlados  
Los que esperando en tí permanecieron,  
Serán ni avergonzados;  
Confusos siempre fueron  
Los que sin causa al bueno persiguieron.  
Enseñame por dónde  
Caminaré, dónde hay deslizaderos,  
Y el lazo dó se ascende;  
Con pié y huellas ligeros,  
Señor, me enseña andar por tus senderos.  
Guíame de continuo,  
Señor, por tu camino verdadero,  
Pues solo á tí me inclino,  
Y á tí solo yo quiero,  
Y siempre en tí esperando persevero;  
Que es tuyo el ser piadoso  
Esté siempre presente en tu memoria,  
Y el número copioso  
De tu misericordia,  
De que está llena toda antigua historia.  
Conforme á mis maldades  
No me mires, Señor, con ojos de ira;  
Conforme á tus piedades  
Por tu bondad me mira,  
Por tu bondad, por quien todo respira.  
Es bueno y juntamente  
Es fiel y justo Dios; al que sin tino  
Va ciega y locamente  
Redúcele benigno  
(Mas con debido azote) al buen camino.  
A los mansos aveza  
Que sigan de su huella las pisadas;  
A la humilde llaneza  
Por sendas acertadas  
La guía, y por razon justificadas.  
Todo es misericordia  
Y fe cuanto Dios obra y tiene obrado  
Por la antigua memoria,  
Con los que su sagrado  
Concierto, y lo por Dios testificado

Conservan. Y por tanto,  
Que des dulce perdon, Señor, te pido  
Por el tu nombre santo,  
A lo que te he ofendido,  
¡Ay triste! que es muy grave y muy crecido.  
Mas; cuál y cuán dichoso  
Aquel varon será que de Dios fuere  
Y su ley temeroso!  
Írá Dios donde él fuere,  
Será su luz en todo lo que hiciere.  
Su alma en descansada  
Vida, de bienes mil enriquecida,  
Reposará abastada;  
La tierra poseida  
De su casta será esclarecida.  
A los que le temieren  
Hará Dios su secreto manifiesto,  
Y á los que le sirvieren,  
El tesoro repuesto,  
Que en su ley y promesa tiene puesto.  
Mis ojos enclavados  
Tengo, Señor, en tí la noche y día,  
Porque mis piés sacados,  
Segun mi fe confia,  
Serán por tí del lazo y su porfia.  
Tus brazos amorosos  
Abre, Señor, á mí con rostro amado,  
Con ojos piadosos,  
Porque desamparado,  
Soy pobre yo y de todos desechado.  
Los lazos de tormento,  
Que estrechamente ciñen mi afligida  
Alma, ya son sin cuento.  
¡Ay Dios! libra mi vida  
De suerte tan amarga y abatida.  
Atiende á mi bajaça,  
Mira mi abatimiento, de mi pena  
Contempla la graveza,  
Con mano de amor llena  
Rompe de mis pecados la cadena;  
Y mira cómo crecen  
Mis enemigos mas cada momento,  
Y cómo me aborrecen  
Con aborrecimiento  
Malo, duro, cruel, fiero, sangriento.  
Por tí sea guardada  
Mi alma, y mi salud de tan tirano  
Poder sea librada;  
Mi fe no salga en vano,  
Pues me puse, Señor, todo en tu mano.  
Al fin, pues que te espero,  
Valdráme la verdad y la llaneza;  
Mas sobre todo quiero  
Que libre tu grandeza  
A tu pueblo de angustia y de tristeza.

SALMO XXVI.—*Domínus illuminatio.*

Dios es mi luz y vida;  
¿Quién me podrá dañar? Mi fortaleza  
Es Dios, y mi manida;  
¿Qué fuerza ó qué grandeza  
Pondrá en mi corazón miedo ó flaqueza?  
Al mismo punto cuando  
Llegaba por tragarme el descreído,  
El enemigo bando,  
Yo firme y él caído  
Quedó, y avergonzado y destruido.  
Si cerco me cercare,  
No temerá mi pecho, y si sangrienta  
Guerra se levantara,  
O si mayor tormenta,  
En este espero yo salir de afrenta.  
A Dios esto he pedido  
Y pediré, que en cuanto el vivir dura  
Repose yo en su nido,  
Para ver su dulzura  
Y remirar su casa y hermosura.  
Que allí en el día duro,  
Debajo de su sombra ahincojado,  
En su secreto muro

E. XVI-II.

Me defendió cercado,  
Como en roca firmísima ensalzado.  
Y también veré agora  
De aquestos que me cercan el quebranto,  
Y donde Dios se adora,  
Y le ofrecí don santo  
De gozo, de dolor, de dulce canto.  
Inclina; oh poderoso!  
A mi voz, que te llama, tus oídos;  
Cual siempre, piadoso  
Te muestra á mis gemidos,  
Sean de tí mis ruegos siempre oídos;  
A ti dentro en mi pecho  
(Dijo mi corazón) y con cuidado,  
En la mesa, en el lecho  
Mis ojos te han buscado  
Y buscan hasta ver tu rostro amado.  
No te me escondas, Bueno,  
No te apartes de mí con faz torcida;  
Pues ya tu dulce seno  
Me fué cierta guarida;  
No me deseches, no, Dios de mi vida.  
Mi padre en mi terneza  
Faltó, y quitó á mi madre el nombre caro  
De madre su crueza;  
Mas Dios con amor raro  
Me recogió debajo de su amparo.  
Muéstrame tu camino,  
Guía, Señor, por senda nunca errada  
Mis pasos de continuo;  
Que no me dañen nada  
Los puestos contra mí siempre en celada.  
No me des en la mano  
De aquestos que me tienen afligido,  
Con testimonio vano  
Crecer de mí han querido,  
Y al fin verán que contra sí han mentido.  
Yo espero firmemente,  
Señor, que me he de ver en algún día  
A tus bienes presente  
En tierra de alegría,  
De paz, de vida y dulce compañía.  
No concibas despecho  
Si se detiene Dios, oh alma; espera,  
Dura con fuerte pecho,  
Con fe acerada, entera,  
Aguarda, atiende, sufre, persevera.

SALMO XXXVIII.—*Dixi: custodiam.*

Dije: «Sobre mi boca  
El dedo asentaré, tendré cerrada  
Dentro la lengua loca,  
Porque desenfundada  
Con el agudo mal, no ofenda en nada.  
»Pondréle un lazo estrecho,  
Mis ansias pasaré graves conmigo,  
Ahogaré en mi pecho  
La voz, mientras testigo  
Y de mí mal juez es mi enemigo.»  
Callando como mudo  
Estuve, y de eso mismo el detenido  
Dolor creció mas crudo,  
Y en fuego convertido,  
Desenlazó la lengua y el sentido.  
Y dije: «Manifiesto  
El término de tanta desventura  
Me muestra, Señor, presto;  
Será no tanto dura,  
Si sé cuándo se acaba y cuánto dura.  
»¡Ay! corta ya estos lazos,  
Pues acertaste tanto la medida,  
Pues das tan cortos plazos  
A mi cansada vida.  
¡Ay, cómo el hombre es burla conocida!  
»¡Ay, cómo es ciego vano,  
Imágen sin sustancia, que volando  
Camina! Ay, cuán en vano  
Se cansa amontonando  
Lo que deja, y no sabe á quién y cuándo lo

Mas yo, ¿en qué espero agora  
En mal tan miserable mejoría?  
En ti, en quien solo adora,  
En quien solo confía,  
En quien solo descansa el alma mía.  
De todos, que sin cuento  
Mis males son, me libra, y á mi ruego  
Te muestra blando, atento.  
No me pongas por juego  
Y burla al ignorante vulgo y ciego.  
En nadie fundo queja,  
Callando y mudo paso mi fatiga,  
Y digo si me aqueja,  
Mi culpa es mi enemiga,  
Y que tu justa mano me castiga.  
Mas usa de clemencia,  
Levanta ya de mí tu mano airada,  
Tu azote, tu sentencia,  
Que la carne gastada,  
Y la fuerza del alma está acabada.  
No gasta la polilla  
Ansi como tu enojo y su porfia  
Contra quien se amancilla;  
Consúmesle en un día,  
Que al fin el hombre es sueño y burlería.  
Presta á mi ruego oído,  
Atiende á mi clamor, sea escuchado  
Mi lloro dolorido,  
Pues pobre y desterrado  
Como mis padres, vivo á ti allegado.  
O da una pausa poca,  
Suspende tu furor, para que pueda  
Con risa abrir la boca  
En vida libre y leda  
Aqueste breve tiempo que me queda.

SALMO XLI.—*Quemadmodum.*

Como la cierva brama  
Por las corrientes aguas, encendida  
En sed, bien así clama  
Por verse reducida  
Mi alma á tí, mi Dios, y á tu manida.  
Sed tiene la alma mía  
Del Señor, del viviente y poderoso;  
¡Ay! ¿cuándo será el día  
Que tornaré gozoso  
A verme ante tu rostro glorioso?  
La noche estoy llorando  
Y el día, y solo aquesto es mi contento,  
En ver que preguntando  
Me están cada momento:  
«¿Tu Dios, di, dónde está, y tu fundamento?»  
Y en lloro desatado,  
Derramo el corazon con la memoria  
De cuando rodeado  
Iba de pueblo y gloria,  
Haciendo de tus loas larga historia.  
Mas digo: «¿Por qué tanto  
Te afliges? Fía en Dios, alma mía;  
Te con debido canto  
Yo cantaré algún día  
Las sus saludes y la mi alegría.»  
Y crece mas mi pena,  
Dios mio, desto mismo que he cantado,  
Viéndome en el arena  
De Hermon y despoblado  
De Mizaro, de ti tan acordado.  
Y así viene llamada  
Una tormenta de otra, y con ruido  
Descarga una nublada  
Apenas que se ha ido  
La otra, y de mil olas soy batido.  
Mas nacerá, yo espero,  
El día en que usará de su blandura  
Mi Dios; en tanto quiero,  
Mientras la noche dura,  
Cantalle y suplicalle con fe pura.  
Decille he: «¿Oh mi escudo!  
¿Por qué me olvidas? Di, ¿por qué has querido  
Que el enemigo crudo

Me traiga á sí afligido,  
Con negro manto de dolor vestido?»  
Como maza pesada  
Los huesos que quebrantó en partes ciento  
La voz desvergonzada;  
Que cada día siento  
Decir: «¿Dó está tu Dios, tu fundamento?»  
Mas no te acuites tanto,  
En el Señor espera, oh alma mía,  
Que con debido canto  
Yo le diré algún día:  
«Mi Dios y mi salud y mi alegría.»

SALMO XLIV.—*Eruclavit.*

El pecho fatigado  
De sentencias mayores y subidas  
Me sobra cogolmado;  
Al Rey van dirigidas  
Mis obras y canciones escogidas.  
Vuélase mi ligera  
Lengua, como la mano ejercitada  
A escribir mas entera,  
Sin que se borre nada,  
Ni canse, hasta la fin muy concertada.  
Hermosísimo esposo,  
Mas que Adán y sus hijos esparcido  
De gracias, y sabroso,  
Y ansina mas querido,  
Y de Dios para siempre bendecido.  
Cifre tu rica espada,  
Prepotente de gloria y de grandeza,  
Y salga bienhadada  
Esa tu gentileza;  
Descúbrase á todos tal riqueza  
Sobre sublimes ruedas  
De justicia, verdad y mansedumbre,  
Y verás cómo quedas  
De hazañas en la cumbre,  
Vencida de enemigos muchedumbre.  
Tus agudas saetas  
Pueblos derrocarán muchos tendidos,  
Rey, todo lo sujetas;  
Los lados van heridos,  
No se verán de golpes tan garridos.  
Tu real silla y asiento  
Dura siempre jamás, Rey poderoso,  
De mudanzas exento;  
Tu cetro glorioso,  
Cetro de rectitud, no riguroso;  
La justicia en tu celo,  
Y la desigualdad tu aborrecida;  
Por eso Dios del cielo  
Con mas larga medida  
Te bendijo, que á todos extendida.  
Tu precioso vestido  
Lanza mirra de sí, olor suave,  
Cuando al mármol bruñido  
Se le quita la llave,  
Y se abren los almaríos donde cabe.  
A tu derecha mano  
Se asentará la esposa señalada,  
De estado soberano  
Y reina rodeada,  
De oro luciente y puro coronada.  
Y vos, linda doncella,  
Poné al varon vuestros oídos;  
Dejad tierna querella  
De padres y conocidos,  
Y olvidad esos pueblos ya sabidos.  
Ya te es aficionado  
El Rey á tu donaire y hermosura;  
Tenle muy acatado,  
Mira que eres su hechura;  
Postrarse ha la de Tiro á tu figura.  
Y en esto mas graciosa  
Que de estado real tan eminente,  
No se te asconda cosa,  
Y cuando eres presente,  
Tienes á rey que manda tanta gente.

Vestida muy de gala  
En ropas de hilo de oro entretejidas,  
Te temen en tu sala  
Mil damas bien garridas,  
Cantando en tus entradas y salidas.  
Por tus padres cansados  
Y viejos, de los años consumidos,  
De mozos esforzados  
En números crecidos  
Hijos verás por reyes escogidos.  
Muy dentro en mi memoria,  
Mientras durare el sol y su rodeo,  
Tendré viva la historia  
De aqueste mi himeneo,  
Pues del me mana el bien que yo poseo.  
Y por tal beneficio  
Mis pueblos prontamente conmovidos  
A inmortal ejercicio,  
Los tus loores debidos  
Harán eternamente conocidos.

## EL MESMO EN OTRO VERSO.

Un rico y soberano pensamiento  
Me bulle dentro el pecho;  
A tí, divino Rey, mi entendimiento  
Dedico y cuanto he hecho.  
A tí yo le enderezo, y celebrando  
Mi lengua tu grandeza,  
Irá como escribano volteando  
La pluma con presteza.  
Traspasas en beldad á los nacidos,  
En gracia estás bañado;  
Que Dios en tí á sus bienes escogidos  
Eterno asiento ha dado.  
Sus, cifre ya tu espada poderoso,  
Tu prez y hermosura  
Tan rara, y sobre carro glorioso  
Con próspera ventura.  
Cenido de verdad y de clemencia  
Y de bien soberano,  
Con hechos hazañosos su potencia  
Dirá tu diestra mano.  
Los pechos enemigos tus saetas  
Traspasen herboladas,  
Y ves en tus pisadas las sujetas  
Naciones derrocadas.  
Y durará, Señor, tu trono erguido  
Por mas de mil edades,  
Y de tu reino el cetro esclarecido,  
Cercado de igualdades.  
Prosigues con amor lo justo y bueno,  
Lo malo es tu enemigo;  
Y así te colmó Dios, tu Dios, el seno  
Mas que á ningún tu amigo.  
Las ropas de tu fiesta, producidas  
De los ricos marfiles,  
Despiden, en tí puestas, recogidas,  
Olores mil gentiles.  
Son ámbar y son mirra y son preciosa  
Algalla sus olores.  
Rodéate de infantas copia hermosa,  
Ardiendo en tus amores,  
Y la querida reina está á tu lado  
Vestida de oro fino.  
Pues, oh tú, ilustre hija, pon cuidado,  
Atiende de continuo,  
Atiende y mira, y oye lo que digo:  
Si amas tu grandeza,  
Olvidarás de hoy mas tu pueblo amigo  
Y tu naturaleza;  
Que el Rey por tí se abrasa, y tú le adora,  
Que él solo es señor tuyo,  
Y tú tambien por él serás señora,  
Y todo el gran bien suyo.  
El Tiro y los mas ricos mercaderes,  
Delante tí humillados,  
Te ofrecen, desplegando los haberes,  
Los dones mas preciados.  
Y añadirá en tí toda la hermosura,  
Y vestirás tesoro,

Y al Rey serás llevada en vestidura  
Y en recamados de oro,  
Y juntamente al Rey serán llevadas  
Contigo otras doncellas;  
Irá siguiendo todas tus pisadas,  
Y tú delante dellas.  
Y con debida fiesta y regocijos  
Te llevarán al lecho,  
Do, en vez de tus agüelos, tendrás hijos  
De claro y alto hecho,  
A quien del mundo todo repartido  
Darás el cetro y mando.  
Mi canto, con los siglos extendido,  
Tu nombre irá ensalzando.  
Celebrarán tu nombre eternamente  
Toda nacion y gente.

## EXPOSICION DEL SALMO L.

*Miserere mei, Deus, secundum magnam misericordiam tuam.*

Dulcísimo Dios mio,  
Cuya clemencia inmensa  
Jamás faltó al que á tí se ha convertido;  
Pues solo en tí confío,  
Perdóname la ofensa  
Que contra tí, Dios mio, he cometido.  
Y así como ella ha sido  
Tan grande y cometida  
Contra divina esencia,  
Así sea la clemencia  
Tambien, Señor, muy grande y muy cumplida,  
Porque sea perdonado  
Con gran misericordia un gran pecado.

*Et secundum multitudinem miserationum tuarum, dele iniquitatem meam.*

Y pues que siendo una  
Tu clemencia divina,  
Las obras de ella son innumerables,  
No me niegues ninguna,  
Pues varia medicina  
Requieren tantas llagas incurables.  
Y aquellos exorables  
Ojos tuyos piadosos,  
Que están acostumbrados  
A perdonar pecados,  
Los vuelve á mí, Señor, mas amorosos;  
Borrando mis delitos  
Del libro del rigor, do están escritos.

*Amplius lava me ab iniquitate mea, et à peccato meo munda me.*

Lava mi culpa grave  
Con agua de tu gracia  
Una vez y otra vez, mi Dios eterno,  
Porque con tan suave  
Remedio y eficacia  
Me libre de las penas del infierno.  
Y el fuego sempiterno,  
En que arde quien te ofende  
En el profundo abismo,  
Aparta de mí mismo,  
Y en tu divino amor, Señor, me enciende;  
Pues mucho es mas cumplida  
Tu gracia que la culpa mas crecida.

*Quoniam iniquitatem meam ego cognosco; et peccatum meum contra me est semper.*

Si yo, Señor, negase  
Mi culpa en tu presencia,  
Queréndome librar ó excusar de ella,  
Fuera bien se ocultase  
A mi tu gran clemencia,  
Pues negando, no pude merecilla.  
Mas yo, que en conocella  
Jamás me vi obstinado,  
Antes siempre delante  
Tengo en cualquier instante  
Mi culpa descubierta y mi pecado,  
Justo es que así merezca  
Que tu piedad de mí se compadezca.